

## **Reflexiones sobre el individualismo**

**Ferruccio Andolfi**

La complejidad semántica del término individualismo rende necesario distinguir quale valenza social o ética gli è stata atribuida nelle sue diferentes formulaciones. In Durkheim l'individualismo ético si reduce alla registracion de una necesidad social. Simmel muestra al contrario una mayor conciencia de las transformaciones que l'individualismo ha sufrido en el curso del siglo XIX para adecuarse a las aspiraciones subjetivas de diferenciación. Stirner e Nietzsche han proporcionado modelos significativos de este individualismo de la diferencia. En una perspectiva de amplio periodo l'individualismo aparece coexteso al íntero desarrollo de la modernidad. Su prolongamiento en la época postmoderna, como muestra Lipovetsky, es dado por su configuración narcisista. No parece todavía que su significado pueda agotarse en una elusión del problema del sentido.

**ABSTRACT:** The term individualism, given its semantic complexity, requires us to distinguish between the social and ethical values attributed to it in its various formulations. In Durkheim the term is restricted to the register of social necessity. Simmel, however, demonstrates a greater awareness of the transformations and connotations which developed during the 19th. century as the term attempted to account for subjective aspirations. Both Stirner and Nietzsche have made significant contributions in producing models of differentiation inherent in individualism. In a wider temporal frame, individualism seems to have extended itself into the whole development of modernity. Its diffusion, as Lipovetsky demonstrates, derives from its narcissistic configuration. Nevertheless, it is unlikely that this development, can be exploited to the extent that we can escape from the problem of sense.

Para caracterizar la atmósfera cultural de las complejas sociedades modernas muchos historiadores y científicos sociales han recurrido a la categoría individualismo. Si desde un punto de vista comparativo a la sociedad occidental en su conjunto, desde sus orígenes cristianos, se le esboza empanada de valores individualistas, el *individualismo* es visto incluso y más específicamente como el trazo distintivo de las sociedades pluralistas de nuestro tiempo (Dumont, 1983).

El término confiere una determinada e ilusoria unidad y coherencia a una serie de elementos procedentes de diferentes tradiciones teóricas (la doctrina religiosa del alma, el utilitarismo económico, el pensamiento político liberal, la ética de la autoafirmación, etc...) que son solo parcialmente compatibles (cf. Lukes, 1974).

Las diferentes acentuaciones que la complejidad semántica del término posibilita, explican como el mismo haya podido asumir cada vez, en diferentes contextos culturales y basándose en preocupaciones a menudo opuestas, un significado peyorativo ó positivo. El pensamiento francés del 800 lo ha utilizado para indicar el aislamiento social, moral y político de los individuos y el resquebrajamiento de la solidaridad social. Mientras que la noción romántica de la individualidad ó de *Eigentumlichkeit*, desarrollada sobre todo en Alemania, implica por el contrario los caracteres positivos de la originalidad, de la unicidad y de la autorealización (*ibidem*, p. 15 y p. 22).

1. Para Durkheim (1898) el individualismo constituye el único sistema de valores coherente con el proceso de diferenciación cada vez más acelerado, de los comportamientos y de las creencias. La figura del intelectual asume en este cuadro un especial relieve: con su autónoma capacidad de juicio y de resistencia a la presión del conformismo social, dota al modelo de una personalidad fuertemente caracterizada; mientras que de él se llega a esperar incluso la elaboración de teorías éticas formales que sancionen el valor del individuo como ser independiente y autónomo.

El modo en que se concibe el individualismo como teoría ética presenta no obstante un aspecto paradójico. Las creencias individualistas son contempladas en primer lugar, al igual que todas las anteriores formas de moralidad, como instrumentos capaces de asegurar el mayor grado posible de cohesión social, y no como convicciones susceptibles de suministrar a los sujetos, interesados en sí mismos antes que en la totalidad social, la justificación ética de sus propios comportamientos.

Ahora bien, la evolución de la moralidad no comporta únicamente un alejamiento respecto a su objeto (valores individuales en vez de valores tradicionales), si no una variación correspondiente al lugar de formación (sujeto) del juicio moral. Una creencia individualista es una creencia del individuo concretamente diferenciado en sí mismo. A la moralidad ya no se la puede considerar restrictivamente, desde la sociedad, como una ideología encaminada a garantizar su conservación. Esta representa más bien en modo creciente el medio del que los individuos disponen para conciliar sus exigencias de autoafirmación con las que les pertenecen socialmente.

La teoría durkheimiana del individualismo no tiene en cuenta esta evolución. Ya que el sujeto-objeto de la moral es el *individuo en general*. El razonamiento, surgido del reconocimiento de las variaciones individuales, sufre inmediatamente una extraña inversión. "Nos encaminamos poco a poco hacia un estado en el que los miembro de un mismo grupo social no tendrán ya nada en común a no ser su cualidad de hombres. Ya no queda nada que los hombres puedan amar y honrar en común a no ser el hombre mismo". Realmente se hubiese podido argüir con igual razón que el elemento común de los individuos de sociedades fuertemente diferenciadas en su singularidad como individuos y que el único objeto de veneración debería ser justamente dicha singularidad. Sin embargo, ésta última es considerada venerable, únicamente en cuanto "cada uno de nosotros encarna algo de la humanidad".

Pero ¿es así como se tiene verdaderamente en cuenta al individuo ó se le desvaloriza, como decía Stirner, en favor de la esencia humana que en él se expresa?. El individualismo que Durkheim profesa, opuesto al "utilitario" de Spencer y de los economistas, es el de

Kant y Rousseau: los cuales al referirse al individuo en general veían en la motivación personal la fuente del mal.

2. Simmel (1980, 1917) muestra por el contrario una puntual conciencia de las transformaciones que el individualismo ha sufrido con el tiempo para adecuarse a las aspiraciones subjetivas, sin por ello descuidar las necesidades sociales. Y que correspondería en conjunto a un mayor sentimiento de sí mismo posibilitado por una ampliación de la esfera social.

En sus primeras manifestaciones la afirmación del valor de la individualidad va acompañado de la afirmación de valores universalmente humanos. El individuo puede sustraerse a las limitaciones de su grupo social si se remite al *hombre* en cuanto tal (1890, trad. it. pág. 166). La fórmula del imperativo categórico, cuando se refiere a lo que es bueno para el hombre en general, es la elaboración más profunda que jamás se haya hecho del concepto de individualidad. Con él se cumple el concepto de individualidad propuesto en el siglo XVIII, según el cual la libertad personal no excluye la igualdad sino que la implica (1917, trad. it. págs. 108-110).

El autor, sin embargo, se da cuenta de lo inadecuado de la moral universalista kantiana respecto a las exigencias de una sociedad que se articula cada vez más de la forma más diversa. “Mayor es el todo, más inevitable se vuelve el que cada cual se marque metas diferentes a las del otro y allí donde la meta sea la misma, es posible que para alcanzarla los caminos sean diferentes”. Simmel aquí no hace más que retomar la posición desarrollada por Nietzsche entre el individualismo kantiano de tipo universalista y el individualismo que consiste en el reconocimiento del valor de las diferencias. Las necesidades de la humanidad a las que la moral universalista (*Weltmoral*) ha intentado corresponder, pueden ser satisfechas mejor por una moral “privada”, o sea, diferenciada en los diversos individuos y circunstancias (*MuM*, n. 25).

La tendencia moderna a la diferenciación se halla pues sujeta a un incremento que rechaza la forma hasta aquí empleada. El yo suficientemente reforzado en el sentimiento de igualdad y de universalidad, va nuevamente a la búsqueda de una no igualdad, por lo menos en el elemento de la interioridad. Este individualismo —definido “cualitativo” ó de la unicidad— es remitido por Simmel a la idea romántica, para quien el absoluto existe en la forma del individuo (1917, tra. it. págs. 116-117).

Aunque Simmel no se refiera expresamente a Stirner, la caracterización que él da del individualismo cualitativo nos hace recordar ese manifiesto del “egoísmo consciente” que es *El único y su propiedad* (1844). De hecho, y como los románticos, Stirner lleva a sus últimas consecuencias al cristianismo, reintegrando la divinidad en el individuo humano, que es así declarado perfecto, ó lo que es lo mismo, capaz de ejercer un poder creativo en el ámbito de su existir. El egoísmo consciente no representa en absoluto el simple reflejo de la praxis burguesa existente, sino que posee un carácter activo que es el punto de abordaje de un difícil trabajo de autoafirmación, que precisa en primer lugar de la liberación de las ilusiones humanitarias (cfr. Andolfi, 1983).

3. La historia del término *individualismo* nos remite pues a los manifiestos del ochocientos. Sería interesante entender porque la “revolución” que los mismos anunciaban como inminente, no se haya llevado a cabo y se nos proponga de nuevo si bien en unas coordenadas culturales diferentes, como un problema de nuestros días. Una primera

posible respuesta sería que contenían la utopía poco creíble, de la perfecta inocencia. El psicoanálisis nos ha enseñado que para aceptar la separación y conciliarse consigo mismo, el individuo ha de realizar una difícil y precaria elaboración de la culpa. Pero en cualquier caso estos anuncios fueron prematuros, cayeron en un ambiente social poco favorable y fueron recogidos únicamente por vanguardias intelectuales.

La estrategia predominante de construcción de la identidad subjetiva, tras los dolorosos comienzos de la revolución industrial, no podía ser otra que la de tipo dialéctico, esto es, la de referirse, para convalidar al individuo, a macro-sujetos como el Estado y la clase. Una valoración de la individualidad en su inmediatez supone una crisis/descomposición de esos macro-sujetos (Bodei, 1985).

La condición de pobreza de recursos en la que se debate la mayor parte de la población mundial hace que, sin embargo, en amplias zonas del globo, sea conveniente para la supervivencia, y por tanto progresiva, una cultura y una ética de la solidaridad y vuelve inactual un proceso de individualización en el que cada uno de los individuos resulte excesivamente autocentrado. Puede nacer entonces la duda de que la atención a los procesos de formación de identidades proyectadas y fuertemente individuadas refleje simplemente el individualismo de la cultura occidental —y más particularmente la mentalidad de la clase intelectual a la que pertenecen los científicos sociales.

Sin embargo sería grave si la conciencia infeliz de los intelectuales, a quienes jamás les ha gustado una vida demasiado parroquial ó de grupo, les empujase a aconsejar a los demás, para salvarles de la anomia, una moral diferente a la suya (Riesman 1951, pág. 33). La difusión en el Tercer Mundo de los procesos de modernización (tecnológicos, burocráticos y culturales) induce a creer que la cuestión de una ética individualista acabará presentándose incluso en países donde los valores comunitarios están profundamente enraizados. Esto podría alentar por otra parte una reflexión autocrítica sobre como habría de formularse la buena nueva del individualismo para que no entre en contraste con una aceptación más inmediata y positiva de la relación de grupo. El anuncio del fin de las pertenencias comunitarias tendrá que ser discreto.

4. Cuando Riesman en la post-guerra (1951) se dispuso a "reconsiderar" el individualismo, era consciente de la exigencia de combatir la mentalidad de grupo que se mostraba como el principal peligro. Para los intelectuales que quieran vivir en tensión productiva con su tiempo, decía, se impone un *análisis contextual* de los valores. El significado del individualismo, como el de cualquier otra posición ética, depende de hecho también del escenario (*setting*) histórico en el que se afirma.

En aquellos años el choque con el colectivismo soviético inducía fácilmente a creer que para salir airosos del mismo, los americanos tenían que exaltar a su vez y al máximo, su espíritu de sacrificio y de devoción al grupo. Pero éste es sólo el contexto más inmediato en el que se colocan las observaciones de Riesman. En una perspectiva histórica más amplia, la causa del individualismo se evidencia como inseparable de todo el desarrollo de la modernidad.

Individualista ha sido en origen, el *ethos* de sus padres fundadores que habían de encontrar también en la doctrina —la ética puritana, como sugiere Weber -- una justificación de su alejamiento de las tradiciones de grupo. su individualismo coincide con la interiorización de valores, similares en gran parte a los de sus críticos ant-

individualistas. Lo que sugiere que incluso más allá de las circunstancias específicas que lo vieron afirmarse en los albores de la época moderna, el individualismo podría consistir en el proceso de disciplinamiento y de autoafirmación, regido por nuevos criterios, y no en una simple ausencia de regulación social.

5. El "proceso de personalización" es tomado por Lipovetsky (1983) como el elemento que enlaza la época moderna con la post-moderna. Los valores individualistas no se daban antes, más que en sistemas políticos y económicos. En fase más reciente el derecho a la libertad gana a lo cotidiano, mientras que se verifica una falta de inversión emotiva en lo que concierne a la esfera pública. El consumo se afirma en la esfera privada del yo, al que se ofrecen infinitas posibilidades de elección.

La actualización del individualismo es definida también como su fase *narcisista*. Y aquí el autor se declara deudor de Sennett (1974) y Lasch (1979) que han visto precisamente en el narcisismo la totalidad que domina toda la vida social contemporánea. La superinversión psicológica del yo priva verdaderamente al sujeto de esa identidad que se derivaba del reconocer al otro, pero sólo esta autoabsorción permite que aflore el problema de la identidad propia, íntima. La búsqueda de la autenticidad prevalece sobre ésta nueva orientación narcisista del individuo. La libertad de expresión verbal lleva a una disminución de la violencia física. Los cumplidos del totalitarismo no impresionan al individuo narcisista, refractario a las llamadas a la movilización de masas. La ambición social disminuye, si exceptuamos la de un pequeño número de especialistas, en el que se ha delegado el funcionamiento de las instituciones.

Por esta vía no prevista, seguiría el proceso de igualamiento de las condiciones. Se crea un clima propicio para la democracia, que concuerda con las costumbres de un individuo habituado a elegir constantemente en el ámbito de su propio mundo privado. Un consenso mudo pero real sustenta las reglas del juego democrático.

Hay que reconocerle a Lipovetsky la capacidad de describir eficazmente y sin las acostumbradas lamentaciones, muchos aspectos de la denominada "cultura narcisista". Se abandonan las categorías trágicas de "alienación" y de "nihilismo". Logrando dar una explicación unitaria a fenómeno que parecen entrar en contradicción con la lógica de la personalización. Como por ejemplo, la mentalidad ecológica -en la que Lasch (1984) ve una amenaza de regresión para la simbiosis narcisista y de pérdida de la centralidad del yo, consagrada por la cultura cristiano-occidental- es reinterpretada, y para mí justamente, como una posible expansión del sujeto. Si por una parte la naturaleza se toma como un interlocutor a quien hay que escuchar y respetar, por otro lado la ecología trabaja en la responsabilización del hombre, ampliando el campo de sus deberes, del social al planetario (pág. 31). Son quizá estas las nuevas coordenadas en las que el individualismo ha de ser nuevamente formulado ó si se quiere "atado" (por utilizar una bella metáfora de Simeón, 1979, Pág. 99).

Y sin embargo en su conjunto hay algo que no funciona, un acento demasiado apologético y panglosiano. Admitamos que la deserción en masa del compromiso con las instituciones sea acertada, ¿ha sido verdaderamente eliminada, como pretende Lipovetsky, la necesidad del sentido?. Este debe admitir que, derrumbados los grandes sistemas del sentido, subsiste todavía una tarea: "El hombre psicológico trabaja asiduamente en la liberación del yo, en su destino de autonomía e independencia". Para

que el desierto social sea vivible "el yo *tiene* que llegar a ser la preocupación central" (subrayado mío).

Que el individuo esté sustancialmente poco adaptado a las propias condiciones de vida y aún hoy a la búsqueda del sentido, se reivindica desde aquella "generalización de la crisis subjetiva" que reemplazaría a la era de los grandes conflictos de clase. La angustia sigue siendo buena compañera de este individuo narcisista, frío y aparentemente liberado de culpabilidad moral.

En estas condiciones el individualismo no puede entenderse como el simple reflejo de un estado de angustia existencial y de exclusión de los aparatos institucionales que precisan, al menos, de un consenso pasivo. Éste constituye incluso en su significado más profundo, o sea, en su valencia ética, el intento de dar una "respuesta innovadora" al problema de la desaparición de las pertenencias, de elaborar el trauma y la culpa de la separación, conciliando al individuo con nuevas y más amplias responsabilidades.

### Bibliografía

- Andolfi, F., (1983). *L'egoismo e l'abnegazione. L'itinerario etico della sinistra hegeliana e il socialismo*, Angeli, Milano.
- Bodei, R. (1985). *Strategie di individuazione*, in "aut-aut", nuova serie, n. 206-7, pp. 93-109.
- Dumont, L. (1983). *Essais sur l'individualisme*, Seuil, Paris.
- Durkheim, E. (1898). *L'individualisme et les intellectuels*, in "Revue Blue", sez. IV, X.
- Lasch, C. (1979) *The Culture of Narcissism*, Warner Books, New York;  
(1984) *The Minimal Self*, Norton, New York.
- Lipovetsky, G., (1983). *L'ère du vide. Essais sur l'individualisme contemporain*, Gallimard, Paris.
- Lukes, S. (1974). *Individualism*. Basil Blackwell, Oxford.
- Nietzsche, F. (1878) *Menschliches allzu menschliches*, in *Werke*, a cura di G. Colli e M. Montinari, De Gruyter, Berlin, 1967-...
- Riesman, D. (1951). *Individualism Reconsidered*. in *Individualism Reconsidered and other Essays*, The Press, New York, 1964.
- Sennet, R. (1974). *The Fall of Public Man*, New York.
- Siméon, J. P. (1979) *Individu, Liberté, Egalité et Démocratie. A propos de Louis Dumont*, in "Esprit", febbraio.
- Simmel, G. (1980) *Ueber sociale Differenzierung. Sociologische und psychologische Untersuchungen*, Verlag von Duncker & Humblot, Leipzig.  
(1917) *Grundfragen der Sociologie. Individuum und Gesellschaft*, De Gruyter, Berlin.
- Stirner, M. (1984). *Der Einzige und sein Eigenthum*, O. Wigand, Leipzig.